



# tristes hombres del chaplin que mil y una vez tumbaron a la revolución cubana y después fueron tan gentilmente tristes que mil y una vez la hicieron sobrevivir

**Se parece a Sean Penn** en *El asesinato de Richard Nixon*. Usa bigotico obscuro. Ríe cobardemente. Y trasmite cierto aire de erudición o solemnidad bajo un traje raído de color gris roto.

Aunque no se llama Sean Penn, por supuesto, ni Richard Nixon.

En julio de 2007, a ras del Vedado, La Habana, Cuba, él simplemente ha perdido el nombre (tampoco le hace falta encontrarlo). Él es ahora el fin de una época y la coda de una generación. Y con eso ya me es suficiente para narrar. Insuficientemente narrar.

A él, sin embargo, le basta sólo con ser puntual. Con entrar siempre de primero para ocupar su puesto eterno en última fila. *The last in line*. A estas alturas de la historia, lo menos que él desea es un cambio de perspectiva. Lo menos que él desea es que lo identifiquen con él. Un cinéfilo desconocido ha de ser un virtuoso de la invisibilidad: sólo así es posible sacarse la pinga en público y entonces tirar en paz.

Pero en este punto quien entra en la escena soy yo. Porque yo también asisto a diario al cine Charles Chaplin de 23. Porque estoy allí para relatarlo, tal vez delatarlo: a él y a todo su gremiecito o exhibicionista complot.

Yo soy a ratos el testigo y a ratos el cómplice de este pornográfico prestidigitador. De éste y de sus tristes colegas de sala oscura: ciudadanillos raídos en trajes de color gris roto, atorados por la demasiada angustia mitad onanista y mitad incivil; sean-pennes de pene en mano que nunca nadie les tocará (excepto el médico o el forense), richard-nixones ridiculizados por el Estado y por Dios; hombres alguna vez convidados a creer en la palabra *futuro*, posproletarios de una utopía seminal que jamás eyaculó (los tiradores no se vienen, por definición); títeres cuyos hilos convergen todos en la portañuela (sin culpa y sin monserga moral, pero sin alegría y sin dignidad), iconos masturbadores de la insolidaridad humana en su estado crudo y

carnal; augures del desastre antropológico que más temprano que tarde les pareceré a ustedes yo.

**La pinga humana** se compone de:

1) la pinga genital o la pinga en sí (*das Ping an sich*);

2) la pinga simbólica.

La pinga genital participa, entre otros determinismos, de la evolución biológica de la especie. La pinga simbólica es, sin embargo, la encargada de muchas manifestaciones espirituales del hombre, tales como:

1) la función ideológica o lingüística;

2) la función fáctica o exhibicionista.

Hasta aquí, la cita más o menos plagiada de un manualito de difusión materialista, impreso en la URSS de los años setenta.

En nuestro contexto social, la función fáctica o exhibicionista podría ser ahora, a su vez, la enfermedad esperanza de sacar de su despótica decadencia a la praxis de nuestra izquierda local.

A partir de aquí, el diluvio reaccionario del hombre de derechas que nunca del todo seré (después de mí, el delirio).

**En julio de 2007** se celebra el Día de Todos los Mártires Inocentes, fecha patria en que el Ministerio de Cultura suspende cualquier fiesta pública nacional: sea cabaret, función de danza, teatro, carnaval, concierto, exposición, show de travestis o proyección de un film.

Entonces los habituales del cine Chaplin se ven expulsados por decreto contra el contén. Cada año, ellos son los verdaderos mártires de esta efeméride, de cuyo histórico tiroteo (en 1957) ninguno se declara culpable. Cada año se les puede ver merodeando por allí con una pasividad sobrecogedora: una suerte de huelga de las pingas caídas, que sería noticia de primera plana en cualquier otro país (aun si no existiera la prensa).

Algunos pernoctan en la acera de la avenida 23 (nadie podría confundir su alcurnia de tirador con la de un mendigo). Otros se

acurrucan contra los vidrios de la Cinemateca (niños huérfanos de la institución audiovisual, pequeños valdés sin ticket ni beneficencia). Y otros se largan de madrugada hacia algún parquecito oscuro, siempre que sus bancos simulen la disposición de butacas del cine Chaplin (diáspora conmovedora por su patetismo hiperreal, en medio de un siglo XXI tan adorablemente hipócrita y *laissez-faire* y cínico y *make-believe*).

Pero es sólo un día de julio, no más. A lo largo y estrecho del 2007, a esta tropita pinguenciera le quedan 364 no-efemérides para ejecutar su venganza privada contra la nación (en años bisiestos ni siquiera se notaría la discontinuidad ministerial). Ellos disponen de 364 jornadas de automanoseo social, de 364 sesiones contraparlamentarias (tirar es el más fáctico de los verbos: es un fatum). Así reaccionan contra las resoluciones de política cultural, y le ponen, como de pasada, un diario punto final a las grandes construcciones discursivas de la revolución (pura pinga simbólica ideológica o lingüística, si hemos de respetar la taxonomía anterior).

Los tiradores (que, reitero, no se vienen si son de verdad) funcionan como las termitas de un cactus patriarca: insectos que comen cosas (incluidas las espinas), hasta tumbar simbólicamente el tronco del árbol social. Son bichos que fugan por las rizomáticas galerías de túneles que ellos mismos cavan bajo los ex-cines de lujo de la capital. Y son un contrapeso actancial tras medio siglo de ideología. Antes que el Anti-Cristo, serían el Anti-Verbum. Y masajean sus ciclos de carne antes que de Carnot: maquinillas de ondulación permanente, ya sin la retórica barrueca de un capítulo 8 que ninguna madre cubana leyó. Ellos son de pinga, por suerte desafortunadamente. Como yo.

Por lo demás, todos tienen Libreta de Abastecimiento, residencia urbana legal, familias más o menos integradas al proceso desde Playa Girón y, para colmo, cargan agua desde una cloaca hasta la azotea. No hay nada

tristes hombres del chaplin

orlando luis pardo lazo-orlando luis pardo lazo

que hacer al respecto por parte de la Seguridad. En gran medida estos terroristas del falo son, a la postre, un efecto colateral de la propia revolución.

¿Qué podría hacer yo ahora, salvo cronicarlos mitad con pánico y mitad con admiración? Siento que, en más de un sentido, nos merecemos esta conspiración de la pinga (nada obscena, por cierto, pues ninguna simbología lo es). Además, tampoco es para halarse los pelos (histeria de hembrita al descubrir a alguno sobándose en la butaca de atrás), pues ellos serán una amenaza pero son también el último chance de que rescute, aunque sea por carambola, la ya referida revolución.

Es así. En una epouita de deserciones en masa, sólo en el descaro de ellos yo me atrevería ahora a confiar. En esos mullidos hombres podría descansar entonces el sutil sentido histórico de una posrevolución entendida como continuum y no como corte.

**Japón, La Habana.** Hay que inmolarsé con un sable y una sábana, a falta de una bandera mejor. Ahí está el relato de Yukio Mishima, *Patriotismo* (amén de la biografía de samurai frustrado de este escritor).

La Habana, Japón. Hay que fornicar en primerísimo plano hasta venirse o morir. Y ahí está el filme de Nagisa Oshima, *El imperio de los sentidos* (amén del porno manga y otras delicades: como el bondage o la práctica de comprar blumercitos usados por una escolar).

En Cuba, para no variar, no tenemos maneras limítrofes de narrar así (aquí todo es meseta fósil sobre una plataforma insulada). En Cuba, ni la voz ni el sujeto nos dieron jamás para tanto (de la bucolia a la denuncia al choteo a un Partido Calvinista que excomulgó el jueguito de la ficción). De hecho, técnicamente en Cuba hace medio siglo o medio milenio que no existe la ficción (o es entendida sólo como una cuestión de género: pasto para peritos, puaf-puaf de provincianos pendejos).

Y lo más triste del caso es que Cuba conserva, paradójicamente, la mayor reserva simbólica de pingas fácticas o exhibicionistas del mundo: un potencial renovable de tiradores natos de cine, cada cual con un asta en ristre, donde ondean sus cinco dedos en lugar de las cinco franjas (a falta de una bandera peor).

Sospecho que cada uno de ellos es como un samurai humillado, incapaz incluso de darse muerte. Tal vez por eso, desde *Paradiso* hasta *Boarding Home*, en las novelas cubanas surgen personajillos patrios que no se saben matar; payasines de muelle que tienen que pedirle tristemente al mismo que se los templó (pienso en Foción y en Francis, para empezar): *¡por favor, máteme: para mí ya ha sido suficiente la realidad!*

### Tristes hombres del Chaplin.

Inconcebibles hombres-rana con la muerte buceando por dentro, en un sistema falocrático que contradictoriamente los margina contra un butacón. Últimos votantes de nuestra demasiado equitativa y pacata democracia pingopular. Seres que ya ejercen el verdadero oficio del siglo XXI: onanía todas las noches. Y el más solitario, también. Porque si exhibir no es una suerte de radical y rabiosa escritura, entonces ninguna barbarie lo es.

Tristes hombres del Chaplin. Sobremurientes a PM y a la obra taimada y tonta de un genio como Titón. Sedientos de un socialipsismo que se quedó sin lechita a mitad de ordeño. Tan arcaicos como el ICAIC, pero con una linterna mágica a punto de eyacular fotones veinticuatro veces en cada segundo. Héroes colimados entre una acomodadora en chanquetas y un funcionario uniformado de civil. Víctimas de la vulgaridad constitucional: ángeles más caídos mientras más eréctiles.

Tristes hombres del Chaplin. Espectaculares morrongas del Caribe, jugando al voyeur-ball en apagón y tie-break. Ellos son el minicuento privado de una noción de nación excluida por la megahistoria oficial. Ellos son nuestros mejores lectores al margen, al pie, entre líneas, o desde una analfabetosis contagiosa pero ignorada (si en este punto no hubiera entrado en la escena yo).

Tristes hombres del Chaplin. Nadie les hará un monolito, pero yo les lego ahora y para siempre esta columna casi criminal. Se la merecen ellos y me la merezco yo: invisible de remate, al extremo de publicar esto con mi nombre en *The Revolution Evening Post*, sin que haya nada que hacer al respecto por parte de la Seguridad. Y, por supuesto, se la merecen ustedes si me han seguido sin despargarse simbólicamente hasta aquí.

No hace falta, pero permitanme, por favor, repetir el título toda vez rebasado este umbral de familiaridad. Es una frase magnificente que en reiteratura cubana nadie antes la osó escribir: tristes hombres del Chaplin que mil y una vez tumbaron a la revolución cubana y después fueron tan gentilmente tristes que mil y una vez la hicieron sobrevivir.

**Un último desvarío:** de cara al Estado todos somos a priori como tiradores de cine.

Yo mismo he hecho la prueba de sacarme la pinga someramente a mitad de filme, a ver si es cierto que uno percibe los estertores demoniacos de la libertad. A ver si algo en mi cerebro despierta o se hace añicos, cric-crac, y se me quitan las lagañas de este *suicidium vivendi* con que habito en el sistema más festivo de la humanidad (*dentro de las efemérides, todo:* podría ser el slogan). A ver si, por lo menos, una manito blanca se compadece de mi desasosiego y se anima a manipular mi órgano simbólico o genital (encuentro lejano de ninguna especie).

Mi performance, por supuesto, jamás ha tenido éxito. Ya es imposible aquel intempestivo nietztscheano capaz de darle un mandarrizzo a las imágenes dominantes de la realidad. Será que yo tampoco he sido Sean Penn. Ni Richard Nixon. Lo cierto es que al final termino guardándomela sin mayor erección, inhibicionista entre el ridículo y lo humillante.

Y después, nada. Deambular de vuelta a casa por la avenida 23. Tan triste como los chaplinéfilos verdaderos, pero sin la emoción oscura de haber protagonizado ni un solo fotograma de la revolución.

Es horrible, es horrible. No sé. Supongo que mi pinga simbólica se agota a sí misma en su excesiva función ideológica o lingüística. De manera que ningún acto mío me involucra de veras a mí. De pronto todo me flota como si estuviera relleno de pajuza mental, si bien tampoco quisiera cambiar de perspectiva a estas alturas de la historia, pues lo menos que deseo ahora es que me identifiquen conmigo. Aunque ser un virtuoso de la invisibilidad no baste para ser un cinéfilo desconocido y tirar entonces en paz.